



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

Ayer salíamos del "One-Two-Three Bar", una de las tantas cafeterías modernas abiertas en un lugar céntrico de la capital, cuando en la puerta nos encontramos con un anciano de barba encanecida y reluciente calva, algo encorvado por el peso de los años, vistiendo pantalones de gabardinas, y camisa deportiva con colores atrevidos para su edad, quien con marcado acento andaluz nos preguntó: "La hostería de "El Laurel".

"En ella estáis, caballero", íbamos a responderle recordando los versos de Zorrilla, pero nos dimos cuenta del lugar donde nos hallamos y le ofrecimos correctamente el nombre del establecimiento, continuando después el pintoresco personaje:

"Años ha que falto de aquí
y he encontrado este recinto
enteramente distinto
de cuando entonces me fui".

No había que dudar más. Estábamos frente al legendario personaje que fuera el terror de Sevilla en tiempos del Emperador Carlos V que ahora se nos presentaba avejentado y abatido, sin dejar adivinar al gallardo calavera de otras épocas.

Aprovechando la actualidad que siempre representa su visita anual quisimos conocer su opinión sobre variados tópicos y el decanato burlador de la ciudad que baña el Guadalquivir se limitó a responder misteriosamente:

"Yo a las cabañas bajé
y a los palacios subí

pero ahora aquí llegué
y que hable un toro por mí.

Comprendimos las razones del forastero y encauzamos nuestra conversación por los senderos intrincados de su pasado turbulento. Don Juan melancólicamente entornó los ojos para hablarnos de sus aventuras amorosas:

"Nápoles, rico vergel
de amores....."
"las romanas caprichosas..."
y quedamente dejó escapar una popular tonada:
"Arrivderci Roma..."

X X X X X

Llevamos el tema rumbo al que fuera el amor de toda su vida: la ingenua Doña Inés de Ullosa a quien cautivara con una sola carta, bien cursi por cierto y nuestro entrevistado, como tocado por una flecha en lo más hondo de su corazón, parecía recuperar sus preteritas energías, sus ojos brillaron con insospechados reflejos y postrándose de hinojos antes nosotros, exclamó apasionadamente:

"Mármol en quien Doña Inés
en cuerpo sin alma existe;
deja que el alma de un triste
fllore un momento a tus pies.

Y no pudo continuar su recitación. El eco estridente de una sonora trompetilla repercutió por todos los ámbitos y el febril galán de pasados días calló y bajó la cabeza avergonzado. En otros tiempos, hubiese desenvainado su espada toledana y hubiera vengado el ultraje. Ayer se limitó a mascar filosóficamente:

"En esto para el valor
la arrogancia y la bravura.